

2.4.

**CULTURA,
UNA LUCHA DE SANGRE A SANGRE***I. IGNORANCIA, PUENTE ENTRE SILENCIO Y TRASCENDENCIA*

El *Poema de Gilgamesh*, se supone —¡qué vanidosos somos los humanos de estos días!— es el primer poema épico que existió, allá hará unos siete mil años en la Sumeria mesopotámica, es un alarido desesperado de una civilización urbana apenas naciente que intuía su desaparición ante las más frecuentes incursiones de nómadas del desierto que envidiaban su riqueza, como los semitas y esas de los hebreos que, en escasos treinta metros de altura piramidal dedicados en Sumeria como templo a la luna, Zigurat, imaginaron allí la Torre de Babel, de la confusión y del vicio a destruir para apoderarse de ella; Génesis, Antiguo Testamento, capítulo 11. La epopeya de Gilgamesh es representada en metáforas literarias, la desesperación sumeria ante la muy posible desaparición, nervios que en esa leyenda se plasmaron en la búsqueda de la inmortalidad, frustración ante lo perecible del humano y todo lo humano. Desde que tenemos “conciencia de nosotros mismos” tememos a la muerte. Buena parte del abono de las religiones fue ese. Gilgamesh es un rey mítico de Uruk, que en busca de la ilusoria inmortalidad ve morir a un amigo y, en su desesperación, pues ahí ve su propio destino, expresa:

*Amigo, ¿quién se encumbra y pudiera
subir al cielo y morar para siempre...?
El simple hombre tiene sus días contados,
a pesar de todo lo que haga.*

(Frankfurt, Wilson y Jacobsen, *El pensamiento prefilosófico*)

El punto importante es que ese poema empieza por describir *la oscuridad y el silencio*, de esa negación de toda vida que surge en

la mentalidad de los primeros humanos que se atrevieron a hablar de “civilización”. Y como el miedo y la ignorancia sólo crean fantasmas del subconsciente, se atrincheraron imaginando “seres trascendentes” que todo lo dominan. Por esa vía dieron a luz las religiones politeístas. En Mesopotamia, dioses que desde Enlil y Ninlil —“la luna y sus hermanos”— fueron a dar a Marduk (que quizá sirvió de copia para la invención del espíritu del desierto Yahvé de las nómadas tribus de esos días... ¿y por qué no si la leyenda del arca de Noé tiene su origen en el poema de Gilgamesh y, como eso, otras cosas?), es como decir que cuando el ser humano adquiere “conciencia propia” —es discutible que en cierto grado no la tengan otros animales— teme al silencio y a la oscuridad, pues le anuncian su desaparición, entonces se vuelve “trascendente” ante el miedo a la muerte y a la ignorancia, lo que le impide explicarse las cosas, buen caldo de cultivo para las religiones. Los egipcios, en un politeísmo un tanto “naturista”, hicieron igual, y otros también.

El sacerdote había pasado a segundo plano para ceder el puesto al de la cachiporra. ¿Por qué aquello? Pregunta que me vino con los años... y aprendí en su transcurso que los arios que invadieron India (¿Desde el Cáucaso? No se sabe bien) hará unos cinco mil años, entrando por el Indo y extendiéndose por el norte del subcontinente, eran un pueblo militar y nómada, portador de una concepción religiosa “absurda” para esos tiempos y para su primitiva estructura social. Trataré de explicarme. Estos primitivos arios creían en el “principio brahma”, algo así como una conciencia universal sin yo personal, muy trascendente y difusa por todo el cosmos; un principio divino abstracto sin ego, de tal suerte que lo que llamamos realidad eran “lágrimas o caprichos”, “nudos insólitos” de tal principio. Concepciones así se supone que sólo llegan en las civilizaciones muy avanzadas que pasaron desde el animismo a la idolatría y de ahí al politeísmo y al monoteísmo. ¿No será que el origen de los arios es muchísimo más antiguo del que suponemos y en aquel hipotético comienzo fueron, como todos los pueblos, animistas? Pero en ese caso, ¿por qué su creencia de hace cinco mil años en lo abstracto y trascendente no correspondía a un desarrollo paralelo de su civilización? Porque incluso fue el caso de que los pueblos de India a quienes sojuzgaron poseían una sociedad y civilización más complejas, y a pesar

de ello aún vivían religiosamente el politeísmo. ¡La paradoja es que “el más culto y desarrollado socialmente sea el más atrasado religiosamente y viceversa”, pero parece que así fue!

El caso es que ya en India, y bajo el influjo de la civilización sojuzgada, el pensamiento abstracto ario se transforma en politeísmo: El principio brahma será ahora el dios Brahma y surgirían otros dioses como Vishnu, Shiva, Indra, etcétera; nacería el hinduismo. En este trayecto, el paso al politeísmo brahmánico fue acompañado por la mayor preponderancia de los guerreros como expediente necesario para mantener el sojuzgamiento de numerosos pueblos conquistados socialmente más desarrollados. Una característica curiosa del hinduismo es su ausencia de dimensión temporal —de alguna manera una herencia del principio brahma de los orígenes que por extenderse por el cosmos no tiene límites materiales ni temporales. Jorge Luis Borges señalaba esto al comentar que en el *Bhagavad-Gita* (parte del *Mahabarata*) coexisten al mismo tiempo al menos seis corrientes filosóficas de diversas épocas, como si todas fueran contemporáneas. Otra herencia, ésta explícita, de ese principio brahmánico se dio en el budismo original, el del “pequeño camino” con su Nirvana (caos, difusión, algo así) en un decirnos que nos superamos cuando nos sumergimos en nosotros mismos, abandonando la *ilusión* de la realidad externa para todavía olvidarnos de nuestro yo personal como camino al Nirvana. Un físico diría: “una especie de entropía trascendente que inunda el universo”; como decir que “el caos y el silencio, difusos, son lo trascendente y la realidad una superficialidad, una ilusión”. Pero como dice el refrán que nadie es profeta en su tierra, el budismo no arraigó en India, debiendo triunfar en y más allá del Himalaya, en tierras chinas, en Japón y en el sur, en el sureste asiático, pero le aconteció lo mismo que al brahmanismo de los orígenes: triunfó, transformándose en politeísmo, inventó dioses “bodishavas” y paraísos.

Pero conviene que nos desplazemos ahora al Oriente Lejano para no dejar cabos sueltos, verbigracia, al primitivo Japón de los orígenes. Si salimos de Tokio y vamos al medio rural y de pescadores aún se encuentran raíces de ese primitivismo, el animismo para propiciar cosechas y buena pesca a mitad de camino con la idolatría: sintoísmo. El Japón ancestral era sintoísta con su diosa Amaterasu al frente, diosa de la luz y del sol, pues sin él no hay

vida y si no se le comprende se le diviniza. Eso también hicieron los egipcios con Ra. Una y otra vez la ignorancia dio paso a la religión, su hija natural. Y es que, como dijo un compañero universitario buen amigo mío, “todas las religiones convergen... al error”.

¿Y en tierras americanas qué? ¿Por qué no hablar del *Popol Vuh*? En el siglo XVI los indios quichés guatemaltecos crean este primer poema épico mesoamericano, el equivalente en estas tierras al *Poema de Gilgamesh*. ¡Primitivísimo! Pero ahí ya mezcla la aparición de dioses, héroes y hombres en una especie de concepción politeísta que, como vemos, ya hace diferencias sociales sin aún haber dejado de ser una mezcla de idolatría y animismo. Y ello es una regla que acompaña al nacimiento de todas las “trascendencias” y religiones, llevan siempre un “chambelán” llamado jerarquías sociales. Pero, bueno, ¿cómo se inicia el *Popol Vuh*?

“Este es un relato de cómo todo estaba en suspenso, en calma, en silencio; de cómo todo estaba inmóvil, callado, y de cómo el extenso cielo estaba vacío...” Silencio, vacío, inmovilidad. ¿El bautizar así a la naturaleza no lo podemos llamar ignorancia? Y a partir de esto, nos dice el *Popol Vuh*, surgen los dioses y lo demás; lo que el ser humano no entiende lo atribuye a la “trascendencia”, su miedo por sus carencias materiales y ausencia de conocimiento lo obligan a ello. En realidad, un dios quiché no se separa mucho de un Gilgamesh sumerio.

¿Y la razón? Bueno, relatan los clásicos que apareció en esa mítica Grecia clásica de los antiguos. Esto básicamente porque a pesar de que tenían dioses, se pitorreaban de ellos al atribuirles las características humanas menos aconsejables: rencor, envidia, egoísmo —isi hasta la Guerra de Troya tuvo como origen la envidiosa disputa de tres diosas por ser la más guapa, y ante un mortal, Paris!— pero sobre todo por el nacimiento de las escuelas filosóficas, entre ellas, la de Sócrates, Platón y Aristóteles, ese preceptor de Alejandro Magno cuyo pensamiento lógico, aun deformado, pesó en toda la Edad Media europea. ¿Un milagro civilizatorio trascendente? Eso afirmaron los liberales históricos en el siglo XIX, pero no fue así. Aconteció que Grecia se encontraba en el cruce de todas las civilizaciones, frente a Europa, Asia y África con su vecina mediterránea Creta, que sirvió de puente multicultural y que además provocó el salto cualitativo de la

civilización griega: “Mirar a los dioses del Olimpo de soslayo bajo la sonrisa crítica de la lógica aristotélica”.

Pero la lucha entre razón y “trascendencia” viene ya de muy atrás... lector, ¿has visto alguna vez pinturas rupestres en alguna cueva prehistórica? Yo sí, las cuevas de Altamira, cerca del Mar Cantábrico, a un paso de Santillana del Mar y no lejos de Loyola, el “Vaticano Jesuita”. Llama la atención el que en estas cuevas las pinturas rupestres estaban muy escondidas y por tanto en sitios poco iluminados, en lo profundo de las cuevas... en el peor sitio para exhibirlas como “obras de arte”; no cumplían pues esa función. Su propósito era propiciar la caza, “la imagen había de trascenderse para obligar a la realidad a comportarse así”... como en el vudú caribeño —ilo “trascendente”, que terminaría en religiones!— lo que no quita que en la cercanía de esos sitios se hayan encontrado herramientas y utensilios de caza, “tecnología prehistórica”, como comienzo de un saber científico para en realidad hacer posible la caza. La razón, ya luchando contra las telarañas trascendentales desde los albores de la especie humana. Pero no fue sino hasta el Renacimiento, al menos en el Viejo Continente, que la razón comenzó a ganar la batalla... pero que en la crisis de civilización que vivimos se me antoja otra vez que empieza a perderla. Razón de más para defender la razón; por ejemplo, con estos textos.

II. JUDEOCRISTIANISMO

Sí, lector, pese a quien pese, toca ahora hablar del judeocristianismo, o la razón se impone a las “trascendencias” hoy, en la crisis de civilización que sufrimos, o no tendremos futuro; no estamos jugando. Para discutir de ese tema, ameritaría de un espacio como el de la *Enciclopedia Británica*, que desearía, pero del que no dispongo... por lo que, perdóname lector, procederé a una “terapia de choque”: Exponer de manera concreta y escueta lo que creo son los fundamentos de lo que se discute, y a continuación la crítica breve, pero sin florituras y al grano. No sé si de esta manera voy a parecer “un gran inquisidor del dios de la razón”, pero espacio no me queda para otra cosa y así es que, por deformación científica profesional, daré cauce a ese proceder a la manera del

insigne matemático David Hilbert, “por reducción al absurdo”, con contraejemplos sin discusión. Empezamos.

“La mayor conquista lograda por Israel, tan conocida que su sola mención es una cosa trillada, fue el *monoteísmo*. Se trata de una conquista que transformó la historia posterior. Nuestra deuda se hace evidente con sólo reflexionar por un momento. Arrojando el peligro que implica todo superlativo, podemos preguntarnos si alguna otra contribución, desde que surgió la cultura humana en la edad de piedra, ha tenido efectos de mayor alcance en la historia que el producido por Israel en el mundo a través del cristianismo y del islamismo y, directamente, por medio de los pensadores judíos mismos.” Lo afirmó William A. Irvin en el capítulín “Los Hebreos” del Breviario del FCE, número 98, *El pensamiento prefilosófico II* (¡hay que leer!), pero es representativo de la corriente histórica dominante incluso entre los ateos.

¿Comentarios? Varios:

I. Amós es un profeta hebreo vivido como 750 años antes de Cristo, lo cita el antiguo Testamento (Amós 1: 3.4) afirmando que:

“Así ha dicho Yahvé/ por tres pecados de Damasco,/ y por el cuarto, no desviaré su castigo;/ Porque trillaron a Galaad/ con trillos de hierro./ Y meteré fuego en la casa de Hazel,/ y consumirá los palacios de Ben-hadad”.

Este es el supuesto documento más importante de la presencia monoteísta del “dios único”, Yahvé, que trasciende fronteras locales para castigar en todos los sitios. Un espíritu semita del desierto ya hacía justicia fuera de su jurisdicción. Pero, no importa, consideremos todo lo anterior cierto... sólo que:

II. Cinco mil años, al menos, antes de nuestros días, ya vimos (ver el primer apartado) que los arios brahmánicos que invadieron India no sólo habían superado el monoteísmo sino que ya profesaban “la extensión de un principio cósmico, despersonalizado, sin tiempo y sin medida”, esto es, al menos unos dos mil años antes que Amós. (¡Y es que hay que ser modestos en esto de designar “pueblos elegidos por verdades trascendentes fundamentales”!) El budismo original del “pequeño camino” también fue por ese camino yendo más allá que todo monoteísmo.

III. Amenofis IV, el famosísimo faraón de la XVIII dinastía del siglo XIV antes de Cristo, Akhenatón, contra la clase sacerdotal de su tiempo quiso imponer el culto a Atón, el sol como dios único.

Siete siglos antes de lo que el Antiguo Testamento nos cuenta de Amós. Que Akhenatón fracasara en la empresa ante una clase sacerdotal que quiso borrar totalmente sus huellas en la historia es otro cantar, pero ahí está el hecho. ¿Quizá las supuestas ideas monoteístas de Moisés, siglo XIII antes de Cristo, fueron una “filtración” de las de Akhenatón? Porque estamos en Egipto y los periodos más o menos coinciden.

IV. Apocalipsis de San Juan, documento extraordinario, incluso por contenerlo la Biblia como el último del Nuevo Testamento cuando que, a pesar de su mezcla con la visión ya cristiana, claramente proviene de la más antigua tradición de Israel.

Valga el ejemplo, en su visión San Juan nos dice: “Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: ‘No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios’. Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus de los hijos de Israel”, esto es, se trataba del dios de Israel salvando en el juicio final a su gente. Pero, ¿cómo describe San Juan a ese dios? Démosle la palabra al visionario: “...he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante, y detrás...”, y por el estilo sigue la narración. Obviamente es una descripción a la manera de un déspota oriental, algo así como un monarca asirio, porque son los hombres los que inventan a los dioses y, al hacerlo, lo hacen en términos de las imágenes sociales con las que conviven: es que en tiempos muy antiguos el pueblo de Israel convivía con grandes imperios mesopotámicos que lo sojuzgaban. La visión de San Juan merece otro comentario: es realmente una exageración llamar

monoteísmo a una divinidad rodeada por una inmensa corte, de hecho, divinidades menores además estructuradas en jerarquías. Pero conviene un testimonio que emane directamente del Antiguo Testamento, la visión del profeta Isaías, del siglo VIII antes de Cristo.

“En el año en que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: ‘Santo, Santo, Santo, Yahvé de los Ejércitos’...” (Isaías, capítulo 6, Antiguo Testamento).

Así, pues, estamos otra vez en lo mismo de antes, divinidad a la semejanza de monarcas orientales de acuerdo con los tiempos que corrían, y si hay diferencia entre las visiones de Isaías y San Juan (la del Apocalipsis es más rica y elaborada), se debe a que las leyendas y sus sucedáneos, los mitos religiosos, los genera el ser humano a lo largo de la historia y ésta cambia con el tiempo como las sociedades y entonces sus concepciones, y no viceversa. Tan es así que el mítico Moisés —pilar con Abraham (milenio segundo antes de Cristo... en el caso de que haya existido) “padre de los hebreos”— dijo:

“Y me dijo Yahvé: Levántate, desciende pronto de aquí, porque tu pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido; pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho una imagen de fundición... y he aquí (Nota: Moisés ya ha bajado del monte “del Señor”. ¡Moraba su templo celeste sobre un monte: el Sinaí!) habíais pecado contra Yahvé vuestro Dios; os habíais hecho un becerro de fundición, apartándoos pronto del camino que Yahvé os había mandado...” (Deuteronomio, capítulo 9, Antiguo Testamento). Quiere decirse que en tiempos “entre el padre Abraham y Moisés” se adoraban ídolos, iera habitual la idolatría, nacida del animismo, no sólo en tribus nómadas y semitas de hace tres milenios sino, como vimos en el anterior artículo, en todas las sociedades que despertaron a lo que hoy llamamos ‘civilización’!... la ignorancia crea los mitos, el paulatino desarrollo de las sociedades los mistifica hasta volverlos “trascendentes”... a veces, incluso, proclama de un “pueblo elegido”. Pero ya que dije “pueblo elegido” algo más hay que añadir:

“Pero Yahvé había dicho a Abraham: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis, capítulo 12, Antiguo Testamento).

Ya hay aquí un pacto entre Yahvé y Abraham y su descendencia, pacto que más tarde renovaría con Moisés (Deuteronomio, capítulo 10, Antiguo Testamento). Quiere decirse que Yahvé, aun considerado “monoteístamente” como el dios supremo, es a fin de cuentas el dios de Israel, habrá que esperar al Cristianismo para que ese dios adquiriera la universalidad que aún hoy se le atribuye, pero esa es otra historia que ya contaremos.

Pero sigamos adelante, ¿qué mérito adicional se suele atribuir al monoteísmo del mito de Yahvé? Uno muy fundamental, Yahvé fue el primer dios ético inventado en la historia, algo así como decir “las cosas no son justas porque las ama Dios, sino Dios las ama porque son justas”, la divinidad desprendida de cualquier debilidad humana. Creo que este es el mérito básico que se atribuye al pensamiento del pueblo de Israel de los orígenes. Y en ese sentido, el ideal hebreo sería “ser justo y recto como Yahvé” (que hoy no parece practicarse mucho frente al pueblo semita, palestino, quizá porque, como una vez alguien me dijo: “son los hijos de la criada”). Pero el ser infinitamente justo y recto termina en la intransigencia que es antesala de la crueldad. Aunque parezca que me salgo del tema, quisiera recordar una obra de Anatole France, *Los dioses tienen sed*, que relata de manera figurada escenas de la Revolución Francesa y allí a Saint-Just, “el ángel de la revolución” que como se consideraba un no-pecador nunca tuvo piedad en el Tribunal Revolucionario. Y ahora sigo con el tema.

Todos los Proverbios (capítulos 1-13, Antiguo Testamento) son un buen ejemplo del carácter ético de Yahvé, pero también de su intransigencia en un distinguir de manera absoluta entre el “bien” y el “mal” sin piedad alguna para este último extremo: Yahvé es un dios intransigente y habría que esperar al advenimiento del Imperio Romano, que volvió más humildes a los pueblos que sojuzgaba, para que ética y bondad se abrieran paso con el dios

del cristianismo. Y es que según la historia y los cambios sociales, así se van adaptando los mitos religiosos.

¿Qué más decir sobre el tema? Creo que señalar que si bien las religiones a veces (no siempre) se permiten el lujo de convivir con el conocimiento científico, la mayor parte de las veces lo aceptan a regañadientes... o se oponen. Ahí está, por ejemplo, el Eclesiastés (capítulos 1-12, Antiguo Testamento) diciéndonos que:

“¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol.”

Y es que, ¿cómo decirlo?, “los cielos son los cielos de Yahvé y no hay pues nada que averiguar”. Y es por esto que, hoy como ayer, hay *una lucha de sangre a sangre* entre la ciencia y las concepciones “trascendentes”.

Veremos ahora al cristianismo.

III. DE JESÚS A LA RELIGIÓN Y DE ALLÍ A LA IGLESIA

“Jesús, Religión, Iglesia”, conceptos que nos hemos habituado a escuchar juntos pero que no tienen relación entre sí; en que siempre nos los hayan presentado unidos reside una inmensa manipulación ideológica que ha recorrido los siglos. Trataré en este apartado de aclarar por qué afirmo lo anterior.

Jesús, el Cristo (del griego *Christós*, el ungido), su realidad histórica está en tela de juicio y todo parece militar en su contra. Hay un librito del FCE, el Breviario 114, de Ch. Guignebert, que algo dice sobre el tema... infortunadamente, lector, siendo en mi opinión Guignebert el investigador del cristianismo más serio y profundo que he conocido, su obra básica está en francés, *Jesús* (no lo han querido traducir a otros idiomas, por algo será). Pero, en fin, ¿en qué se resume esa polémica sobre la historicidad de Jesús? Creo que en esto: las fuentes escritas, sean judías o griegas, no dan cuenta de la existencia de Jesús... ¿una confabulación informativa de aquellos tiempos para “tapar la subversiva presencia de Jesús”? ¡No existía entonces Internet ni el control informativo que hoy se posee! Un viaje desde Galilea a Roma tomaba meses, pues no había aún lo que hoy llamamos la *gran aldea*. ¿Testimonios arqueológicos? Al margen de monsergas como “el Santo Sudario de Turín” (hay una novelita de lectura conveniente sobre estos temas del portugués Eça de Queiróz, *La reliquia*) el

descubrimiento de *Los rollos del mar muerto* (el FCE publicó un librin interesante al respecto) parece sacar el tema otra vez a la discusión científica... pero, como acontece que no terminan de publicarse esos documentos sobre la secta de los Esenios, ahí lo dejamos. La historicidad de Jesús viene, pues, reduciéndose a una *petición de principio*, a los Evangelios del Nuevo Testamento. Que tienen contradicciones internas... ya hablaremos de eso. Pero, a mi parecer, ese no es el problema importante. Alfred Rosenberg, alma filosófica del nazismo —sus teorías raciales las obtuvo de un británico, Chamberlain— y autor de su ideología en *El mito del siglo XX*, lo ejecutaron en 1946 en Nuremberg: sacrificio de la mitad del pueblo judío en Varsovia, más del doble de ese número de rusos, unos cinco millones de muertos en la Segunda Guerra Mundial por parte nazi, itodo un personaje muy concreto y material!... pero seguramente muchos lectores apenas se enteran de su existencia, vida y milagros, y sólo fue hace cincuenta años. ¡Su memoria se fue! Jesús, en cambio, no podemos demostrar su existencia material y quizá sólo quede a la postre como un mito y un bellissimo relato, pero lleva pesando esa *idea inmaterial* dos milenios en la mitad del planeta, en cientos de millones de seres humanos. Las ideas las genera el ser humano en ciertas circunstancias sociales que afectan su existencia, pero suele acontecer que, por el peso que tienen en la historia, terminan siendo “más materiales que cualquier materia”. Eso fue lo que, también empezando hace milenios, llevó al ser humano a decir que “la materia y las ideas que genera, interaccionan dialécticamente”.

Por lo dicho tengo profundo respeto por el concepto *Jesús*... tanto más que es un mensaje de bondad y tolerancia, lo que hizo en parte su universalidad. El dios del cristianismo es abismalmente diferente del intransigente y cruel Yahvé del Antiguo Testamento.

Pero aun así la razón científica no puede hacerse a un lado ante los mitos. Los Evangelios del Nuevo Testamento —los “canónicos” de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, aun cuando hubo otros como señaló Jorge Luis Borges en una colección de libritos pronto interrumpida en México— contienen contradicciones insalvables que delatan haber sido un producto histórico elaborado en diferentes épocas según cambiaban las circunstancias sociales, un tijeiteo de versiones encontradas que, desde el arameo, al griego y el latín, recorre desde Alejandría todo el

Mediterráneo, con justificaciones que van desde las interpretaciones *textuales* hasta las *metafóricas* para salvar las contradicciones interpretándolas simbólicamente. En fin, se contradicen...

Ahí van dos ejemplos: En la parábola de “El joven rico” (Evangelio según S. Marcos), Jesús dice: “...¡cuán difícil le es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”. Se trata aquí, pues, de un dios de los humildes y los desheredados.

Pero existe lo que en los medios eclesiásticos llaman “la sanmateada”, “La parábola de los talentos” (Evangelio según S. Mateo) que finaliza así: “...Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que no tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes”. Ahora se trata de un dios que alaba a los ricos y justifica la servidumbre.

¿Por qué esta contradicción? ...lector, porque los Evangelios fueron redactados y reelaborados en diversas épocas de acuerdo con las condiciones sociales de cada una, son un producto histórico y nada más.

Aun así lo que prepondera en el concepto *Jesús* es esa bondad y tolerancia, a extremo incluso diría de mansedumbre, ausentes en su predecesor el dios mosaico. Por ello, por intermedio de Grecia, ese mensaje inundó todo el Imperio Romano y se transformó en una religión universal, tanto más que prometía el cielo a los humildes después de la muerte como recompensa a tantos sufrimientos pasados en vida. Y aquí hay un punto histórico importante: la rebelión de Espartaco (siglo I antes de Cristo) liberando esclavos había fracasado ante el poderío del Imperio Romano y, con ello, se habían frustrado las esperanzas de los humildes de liberarse “en este mundo”... por lo que dirigieron sus ojos al cristianismo que les ofrecía “el otro mundo”. Irían así surgiendo concepciones místicas sobre ese más allá, quizá la más representativa, si damos un salto en la historia hasta el siglo IV después de Cristo, con Agustín de Hipona, San Agustín, la de su obra *La ciudad de Dios*; en ella dice que la ciudad de Dios se lleva dentro de la conciencia cuando se está “en estado de gracia” al unirnos con la divinidad; en fin, misticismo también muy similar al de San Francisco de Asís.

Pero una cosa es la religión y otra es la Iglesia, la institución política y social que llamamos Iglesia. Y tiene un origen y una historia muy particulares. Hagamos dos preguntas de fondo, ¿por qué la Iglesia es sinónimo de Iglesia Romana?, ¿por qué esa Iglesia tiene tantas jerarquías (desde Papa a monaguillo) y tanta estratificación social? Vamos allá.

Volvamos un momento a un documento ya mencionado en este capítulo, al Apocalipsis de San Juan, que es un portento de combinación de tradiciones de diferentes épocas. En su principio un Jesús que ahora se presenta casi como “el Yahvé de los ejércitos” —“Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último” se autotitula— ordena a San Juan enviar un mensaje “a siete ángeles de siete iglesias” (se trataba de lo que hoy llamaríamos obispos de esas siete iglesias): a Efecto, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea. Si, lector, agarras un mapa de la Antigüedad, verás que son siete ciudades de Asia Menor, eran todas colonias griegas. Y es que, como el cristianismo empezó propagándose por Grecia, esas eran las “sedes institucionales” existentes de esa religión en expansión... Roma, entonces, ahí no jugaba papel alguno. Es por esto que de hecho se puede afirmar que si alguna Iglesia tiene “pedigree histórico” para auto-proclamarse la primera cristiana es la Iglesia Ortodoxa Griega. Pero Roma era el centro del Imperio Romano y éste el dueño del mundo antiguo, de tal suerte que al extenderse el cristianismo, Roma pasa a ser un centro religioso fundamental, y así el “obispo de Roma” adquiere la importancia desmesurada que le concedía el Imperio en cuyo centro estaba... andando el tiempo se transformó en Papa con su Vaticano. Esto por un lado, por otro, el hecho de que como las primitivas reuniones de cristianos (precursoras de la *misa*) se nutrían con humildad, finalmente no podían dedicarse a officiarlas más que los acomodados, patricios y gente desahogada socialmente, “la profesión necesitaba personal con tiempo sobrado”. Serán pues, con el tiempo, el origen de la jerarquía y estratificación social de la institución... en el Renacimiento, por ejemplo, el Papado se nutría con príncipes italianos, los Médicis, etcétera, y a veces duquesitos y principitos, aun niños, ya eran obispos y cardenales. Pero, por supuesto, como el cristianismo había tenido diversas interpretaciones y manifestaciones la im-

sición de la aristocrática Iglesia Romana ameritaría “acabar con los herejes”, lo que ocupa la Edad Media europea.

Conviene al respecto leer el muy documentado libro de E. Burman, *Los secretos de la Inquisición* (Colección Enigmas del Cristianismo, México, 1991)... pone los pelos de punta leerlo.

Toda esa situación entró en crisis al terminar la Edad Media y aparecer el Renacimiento, y también la rebeldía de Martín Lutero que conmovió hasta los cimientos a la corrompida Iglesia Romana. Se movilizó ésta en defensa de su supervivencia, con el apoyo del emperador Carlos V como “brazo secular”, citándose al Vigésimo Concilio Ecuménico, el famoso Concilio de Trento, en donde la batuta la llevaron los jesuitas, realizado en tres periodos, 1545-1547, 1551-1552 y 1562-1563. “Limpieza a fondo en la institución, afianzamiento de dogmas y creación de otros nuevos”: decretos reformadores de la Biblia y la tradición, sobre el pecado original, la justificación, los sacramentos, la Eucaristía, la penitencia, la comunión, la misa, la ordenación sacerdotal, el culto a los santos, las indulgencias, la jurisdicción episcopal, la obligación de residencia, los deberes del clero, la fundación de seminarios... y, en fin, la “infallibilidad papal”. En fin, se inventó una nueva Iglesia, más dogmática que nunca, jerárquica y estratificada internamente en niveles, lo que, desde luego, absolutamente nada tiene que ver con los orígenes del cristianismo. Tú comprenderás, lector, que la ciencia no puede estar de acuerdo con todo eso, pues lo primero que se nos enseña a los científicos es a no comulgar con ruedas de molino. Pero esa Iglesia es la que hoy se llama Iglesia Católica Romana...

¿Qué ha seguido hoy? Mil contradicciones porque contradictoria es la marcha de las sociedades y, así, las instituciones que crea: un Concilio Vaticano II, en donde Juan XXIII intenta dirigir *izquierdistamente* la Iglesia a una defensa más íntegra de los pobres y los marginados pero también —estaba yo en Italia cuando aconteció— la curiosa muerte de Juan Pablo I a los pocos días de ser nombrado Papa, se dijo que: “el pobrecito se había consumido leyendo la *Imitación de Cristo* de Kempis, que intentaba seguir los pasos de Juan XXIII”; discursos papales contra el egoísmo capitalista, pero también llamados a la mansedumbre, pues, como dice una bella canción latinoamericana, “dios no quiere huelgas ni revoluciones que ofenden su corazón”; prédicas contra el ansia

de dinero del neoliberalismo, pero también escándalos financieros de la Banca Ambrosiana que han conmovido a Italia, y así...

Ya pensaba yo en cosas como las anteriores hace muchos años. Te contaré, lector, una anécdota. Estaba yo recién casado y de viaje de bodas en Roma y me invitaron a una muy buena comida ciertos dirigentes del Partido Comunista Italiano. Con el andar del buen vino uno de ellos se sinceró y me dijo: "Flavio, si tu esposa y tú quieren realmente comer bien vayan a un restorancín en donde suele acudir la Curia Romana". Ahí fuimos porque me dijo dónde: de la gran plaza ovalada y llena de columnas del Vaticano sale hacia el río Tíber la Vía de la Conciliación, pasando el río ahí estaba el sitio indicado. Ahí fuimos; príncipes de la Iglesia y dirigentes de la Democracia Cristiana casi lo llenaban enteramente... me sentí en un principio muy incómodo, pero la verdad es que fue una de las ocasiones en las que comí mejor en mi vida, y con un trato exquisito y señorial. Parecía que estábamos en el Renacimiento, antes del Concilio de Trento... ¿Habrán cambiado mucho las cosas desde entonces?

IV. TRASCENDENTALISMO, EN CONTRA DE RELIGIONES E IGLESIAS

La religión mosaica hizo "alianza con el pueblo elegido, las doce tribus de Israel" y sus descendientes, ya nos lo dejó claro eso el Apocalipsis de San Juan; en esa medida no puede esperar ser de dominio universal sobre las conciencias de todos los humanos del planeta, creo además que no le interesa.

El cristianismo fue un mensaje de bondad y tolerancia, también de mucha mansedumbre, pero en medio mundo fue usurpado por milenio y medio casi, desde los días del emperador Constantino, por iglesias de las que la preponderante ha sido la Católica Romana, por ello las misas, digan lo que digan las "modernizaciones vaticanas", las cantan los fundamentalistas católicos en latín... ¿Por qué no en griego, pues por la Asia Menor griega fue que empezó a extenderse el cristianismo? ¿Por qué no en arameo, que fue la lengua original? Y ese catolicismo está históricamente lleno de injusticias, tropelías y hasta monstruosidades contra los humanos: la Inquisición, abjuración de Galileo, abrasamiento de Giordano Bruno, saltándonos los años para no ser premiosos, procla-

mación de la "Cruzada" avalando al franquismo en la mal llamada Guerra Civil Española, contemporización y hasta justificación de Adolfo Hitler por parte de Pío XII... y así por el estilo y ello sin contar los "pecados veniales o no veniales", innumerables, cometidos por el pequeño clero (conviene leer a Eça de Queiróz en *El crimen del padre Amaro*), incluso la humillación y deformación de la mujer (conviene leer *La religiosa*, de Diderot). Claro, hubo y hay teólogos de la liberación y curitas humildes que, dolidos por el sufrimiento del pueblo, incluso a veces se la juegan con sus rebeldías sociales... pero son los menos y desautorizados.

En los centros urbanos a "misa de domingo" se ve asistir a píos ricos explotadores del pueblo, esos que cultivaron siempre los jesuitas y hoy el Opus Dei, en escenas que recuerdan un viejo dicho castellano: "En tiempos de las bárbaras naciones, de lo alto de la cruz colgaban los ladrones, pero hoy en el siglo de las luces, del pecho del ladrón cuelgan las cruces".

Ciertamente no son tan edificantes ejemplos los que pueden conmovir, y aún menos afiliar, las atormentadas conciencias de tantos seres humanos en la civilización en crisis que vivimos. Buscan dar salida a sus preocupaciones, que se vuelven en ellos trascendentes, de otra manera... incluso contra las religiones e iglesias conocidas. De esto vamos a hablar en este apartado.

¿Y "la extrema e ignota sensibilidad trascendental del alma oriental" no influye en las conciencias de Occidente como búsqueda de una alternativa existencial? Sí... y no. La explicación no es sencilla: lo desconocido produce encanto y miedo y, al estimular así la sensibilidad, vuelve a las conciencias propicias a aceptar como revelaciones existenciales a los "misticismos trascendentes"...

Recordemos que así fue como surgieron las religiones en el alba de la humanidad. En Occidente esto es lo que ha generado el misticismo brahmánico y su derivado hinduista a través de mil sectas, gurús y escuelas. Pero, ¿entre cuáles sectores sociales? Entre algunas partes de clases medias frustradas por el "egoísmo y consumismo" de una civilización capitalista sin entrañas, en la que confiaron algún día para escalar socialmente pero que hoy no se los permite... y casi nada más que entre esas partes sociales.

El "condenado de la tierra", como dijera Jean-Paul Sartre, el paria sin trabajo, sin empleo, marginado y en el último peldaño social de la civilización capitalista, por el camino anterior no

desfila pues no tiene tiempo en su lucha por la supervivencia para “trascendentalismos orientales”... si acaso, en sus desesperaciones sociales, se aferra a sincretismos dominados por sus raíces aborígenes ancestrales. En México, a la diosa de la Tierra, Tonantzin, revestida de Virgen de Guadalupe; en el Caribe negro, a santos que apenas disimulan su base en un vudú de origen africano; en Brasil, hasta los bailes delatan ese mismo origen ancestral que se disimuló de ropaje cristiano, pues no tenía otra forma de defensa el esclavismo de los negros, y así por el estilo.

Los amos sociales y sus parentelas, *la classe de loisir* como dicen los franceses y que tan maravillosamente está descrita en *La teoría de la clase ociosa* de Thorstein Veblen (el librito lo publicó hace mucho una colección de la Editorial Grijalbo), tan satisfecha está que no necesita de esos desahogos metafísicos para encontrarse con sí misma... Si acaso, cuando se siente vacía de tanto estar harta, se fuga de la vida en un coche a toda velocidad, entre alcohol y amantes, en alguna avenida de París cerca del Trocadero.

Y, sin embargo, preocupaciones trascendentalistas, existenciales y muy acusadas hay entre muy importante sector de la sociedad contemporánea, “a pesar de las religiones e iglesias”. Ese sector se llama nuevas generaciones, jóvenes de muy diversos niveles sociales. De eso hay que hablar... pues cuando decimos *futuro* son ellos quienes han de construirlo.

“En el más cálido interior de las alucinaciones/surge un suspiro que escapa como una mariposa.

“La nueva locura hace impregnaciones en algún ser/ de mente nueva.

“Los mundos abstractos se multiplican para dejar/ brotar una irrealidad plasmada”.

Son frases con las que, hace algunos años, mezclaba un gran artista actual, entonces muy joven, dibujos extraños con los que empezaba. Un poeta dibujante o un dibujante poeta que en algo fue consistente en toda su obra posterior: excluir siempre al ser humano, representar siempre a la naturaleza... pero a una naturaleza que no existe, esa de sus frases: “mundos abstractos”, “impregnaciones en algún ser de mente nueva”, “cálido interior de las alucinaciones”.

Me dijo en una ocasión de sinceridad reveladora que “considere a la especie humana una plaga que se come al planeta y está

destruyendo la naturaleza”. Esto se llama rechazo total de la civilización presente buscando salidas en eso, en las alucinaciones, en mentes nuevas, en mundos abstractos, en fin, en la “trascendencia”, pero muy lejana de las anquilosadas religiones e Iglesias que hemos recorrido en artículos anteriores. El problema es que no buscan soluciones en la ciencia... pero sigamos con los testimonios.

A un joven de clase media, con estudios a medio camino —bachillerato y el inicio de otros posteriores— le invité a una entrevista para que respondiera libremente, sin meter yo cuchara, una serie de preguntas. Ahí va, textual, la entrevista:

1. ¿Qué piensas que es la ciencia?

La ciencia es una manera de pensar, es un enfoque por el cual uno analiza los fenómenos de la naturaleza desde cierto punto de vista con bases muy limitadas o estrictas, muchas veces de forma crítica. Es una de las tantas maneras de lograr formar una conexión entre uno, el humano, y el universo, universo en el sentido de lo existente. Una forma de explicarse la realidad y herramientas para navegar en ella.

2. ¿Cuáles son las limitaciones de la ciencia?

Las limitaciones de la ciencia radican en lo que no se han logrado explicar los científicos. Al suceder esto o lo tratan de evadir aislándolo o encuentran alguna explicación para decir que está en un error ese fenómeno natural. Por lo general se hacen los desentendidos cuando no se explican algo y es por eso que un enfoque de la realidad en el cual todas sus bases sean científicas puede llegar a ser un poco restringido.

3. ¿Qué piensas que es la naturaleza?

La naturaleza para mí es absolutamente todo lo que nos rodea, en eso difiero con mucha gente. Ejemplo: un producto químico está hecho con base en elementos de la naturaleza combinados por un ser de la naturaleza, ser humano. Quiero decir con esto que es otro fenómeno de la naturaleza. No entiendo por qué quieren hacer una distinción entre lo químico y lo natural. Ejemplo: una droga natural como una planta se ingiere por otro ser de la naturaleza y crea un fenómeno natural al ser éstos combinados. Es natural, no artificial.

4. ¿Crees que la naturaleza no es explicable por la ciencia?

Hay muchos fenómenos de la naturaleza que han sido explicados por la ciencia, pero muchos otros no. Así es que la ciencia puede explicar mucho de lo que sucede en el universo, pero no todo. Hay fenómenos que no ha podido explicar, esto es, la ciencia no es un pensamiento absoluto. Más que una explicación, creo que la ciencia es una interpretación.

5. *Se habla mucho de "trascendencia, energías vitales, percepción extrasensorial", ¿qué piensas sobre eso?*

Creo que son cosas existentes de las cuales en el mundo científico se ha tenido muy poco conocimiento y han empezado a relucir. Algunas de estas ideas ya se han logrado explicar científicamente pero otras no y siguen anuladas. Creo que si la ciencia quiere crecer tiene que enfrentarse a todo eso, que no conoce o no ha querido conocer.

6. *¿Qué es para ti la vida?*

Para mí la vida es movimiento, es tiempo, es una fusión de mil cosas pero uno tiene que ser consciente de que ahí estás, por lo menos para el humano. Pero el humano no es lo único vivo en el universo. En realidad no sé bien lo *que es* pero sí estoy seguro que *es*. Sí sé qué es la vida pero no puedo explicarlo si me lo preguntas. A veces he pensado que la vida es un sueño muy largo.

7. *¿Qué es para ti la inteligencia?*

La inteligencia es experiencia, ésta se puede obtener de muchas formas y dependen de la realidad que uno esté viviendo. Los libros dan la experiencia de otros, experiencias ya vividas. La mejor inteligencia viene de las experiencias vividas en carne propia. Ejemplo: un gran científico abandonado a la mitad de un desierto lo más seguro es que muera. Sin embargo, hay gente que vive a la mitad de los desiertos y no muere, ¿quién es el inteligente en este caso?

8. *¿Qué cosas viven y son inteligentes?, ¿en qué sentido?*

Absolutamente todas las cosas están vivas, es algo que hasta los científicos han comprobado. Pero que sean inteligentes depende del punto de vista que se tome. Ejemplo: un cactus sobrevive años sin agua en un desierto, un humano no. Yo me atrevería a decir que en ese caso el cactus es más inteligente que el humano al lograr haber desarrollado ciertas costumbres, creadas por su experiencia, que le permiten inteligentemente suministrar su agua, alimento, etcétera. Creo que la problemática de este punto reside

en que el humano cree que es el centro del universo y la conciencia más elevada, cuando aún no hemos podido explicarnos por qué pensamos, o de dónde viene eso que llamamos pensamiento.

9. *¿Las drogas pueden ayudar a conocer la naturaleza más allá que la ciencia?*

No creo que se trate de saber quién puede más, si la ciencia o las drogas. Pero algo sí puedo decir: las drogas te ayudan a conocer partes de la naturaleza que sólo por medio de ellas logras ver. Sí se pueden conocer, vía las drogas, más aspectos de la naturaleza que sin ellas. A eso se le llama artificial. Si se hace caso de lo que ya dije anteriormente (se refiere a la respuesta a la pregunta tres), esa palabra queda anulada por completo.

Hasta aquí el segundo testimonio. No es tan trascendentalista como el del primero, el artista. Tampoco muy alejado del primero, aun si concede cierto valor a la ciencia. Entre ambas posiciones anteriores navegan muchos jóvenes, por ello hay crisis cultural, por tanto, de civilización.

Conviene poner el colofón a estos testimonios con lo que, en una carta recibida también recientemente desde España, dice una joven mujer: "España ha cambiado mucho... las drogas fuertes están muy presentes en la mayoría de la juventud y sólo la lleva poco a poco a la autodestrucción. Los jóvenes están tan enganchados que sólo pasan de una depresión a otra... La astrología y la metafísica se abren paso a saltos agigantados..."

Esto ya acontece en el Viejo Continente, el fenómeno de crisis cultural hacia el trascendentalismo es, pues, mundial. Me he limitado, lector, a mencionar textualmente testimonios que me parecen relevantes; a ti, juzgar.

En el próximo apartado comienza la defensa de la ciencia.

V. EMPEZANDO LA DEFENSA DE LA CIENCIA

El número 1 115 de *El País Semanal* del domingo 8 de febrero de 1998 (consíguelo, lector, yo sé lo que te digo) contiene algunas de las reproducciones fotográficas a colores más impresionantes que he visto en mi vida. Son reproducciones del autorretrato de Van Gogh, de un billete de un dólar, de la efigie de George Washington que aparece en esos billetes, de Lincoln y alguna cosa más.

“Todo normal” si no fuera porque vistas de cerca resulta que están formadas por pedacitos autónomos en los que no se imaginaría que todos al unísono dieran un resultado global tan distinto. Pongamos el ejemplo de la efigie de George Washington: se formó en detalle conjuntando todo tipo de tarjetas de crédito y bancarias, lo que no deja de ser una ironía, el símbolo de la independencia americana y de la democracia a fin de cuentas reposa en bancos, finanzas y el poder económico de aquellos, no todos, que lo tengan. Pero en esas contradictorias reproducciones, ¿cuál es la realidad?, ¿los detalles locales que por sí mismos significan algo?, ¿el efecto resultante de conjunto que significa algo distinto? ...porque allí lo *global* no es reducible a lo *detallado*, ¡qué va! El todo no es igual a la suma del conjunto de sus elementos.

Viendo esas reproducciones me acordé del *manifiesto surrealista* de André Breton, en el que se afirma que la realidad esconde otras realidades que no vemos... y añado yo, la verdadera miopía humana consiste en pensar que nuestro “sentido común”, generado por las percepciones cotidianas del estrecho mundo local en el que solemos vivir, es capaz por extrapolación de explicar todo lo que acontece en el conjunto de la naturaleza. Contaré al respecto una anécdota: hace años, en una taquilla del Metro de Madrid pedí diez boletos; la taquillera me respondió irónicamente que “ieso se llama un taco!”; convencida estaba aquella mujer en su rincón de que no existían otros tacos (los de escopeta, los sabrosos de la comida mexicana, etcétera). Además, el llamado “sentido común” es engañoso. Todas las mañanas sale el sol, lo veo desde la ventana de mi casa, por encima de los volcanes, yendo a meterse al anochecer por allá por San Jerónimo, dejando a la izquierda y a un lado al Ajusco. Mi “sentido común”, toda vez que yo estoy fijo en mi casa, me diría que “el sol se mueve en el cielo de un lado a otro y en torno a mí, a la Tierra, pues”. Claro que, de vivir aún, protestarían airadamente Copérnico, Galileo y Newton, ¡se necesitaron unos ocho mil años desde el surgimiento de la civilización con la revolución agrícola para comenzar a hacerles caso con el advenimiento del Renacimiento! Y en esos ocho milenios el sol fue el dios Ra egipcio, fue Amaterasu del Japón primitivo, fue el semidios griego Hélios, en fin, fue siempre un dios preponderante en todas las religiones; y es que la ignorancia es el camino a las mil monsergas de las “trascendencias”, en todo tiempo y latitud.

La ciencia trata y siempre trató de salir al paso de esos espejismos y fantasmas. Pero, ¿de qué ciencia estamos hablando? Una que no se fíe de las apariencias del “sentido común” y que además tome en cuenta todos los aspectos de los problemas, “tanto lo pequeño como lo grande”. No parece mucho para empezar, pero ya implica varias cosas: no dar explicaciones gratuitas de los fenómenos ni creer de antemano en estereotipos y dogmas. ¡Hay que profundizar en el estudio de los fenómenos sin prejuicios! y observar y meditar desde diferentes puntos de vista para abarcar todos los aspectos de los fenómenos; ya implica esto último la necesidad de visiones multidisciplinarias... porque no sabemos de antemano en la investigación científica a lo que nos enfrentamos; pensar lo contrario sería caer en peticiones de principio, y eso es dogmatismo. El dogmatismo sólo está bien en las religiones y en las iglesias. ¿El antidogmatismo de la ciencia debe implicar negarse a aceptar resultados insólitos o sorprendivos? ¡No, todo lo contrario! Si algo debe tener un científico es la capacidad de asombro ante lo nuevo y el deseo de investigarlo —inada se niega *a priori*!— pero en la ciencia “hay que *probarlo a posteriori*” pues no se aceptan las “verdades reveladas”, la fe del místico no tiene nada que ver con la ciencia.

Un científico puede —incluso debe— ser un soñador intuitivo y muy creador, en esto se parece a un artista, pero lo que afirme por esas vías tiene que probarlo. Pero esto nos lanza a una pregunta crucial: ¿cómo probar las cosas? La usual respuesta estereotipada —yo la llamo la del “Manual del genio científico en tres lecciones”— dice que “una teoría científica es válida, cuando el fenómeno que predice en determinadas condiciones se repite siempre cuando esas condiciones vuelven a ser iguales”, verbigracia, lo que sabemos de mecánica celeste nos permite predecir sin error los próximos eclipses de sol, dónde y cuándo... esto no está mal como “aproximación cero” y constituye la mitad del llamado “método científico”. Pero este estereotipo es de una pobreza intelectual impresionante. ¿Cómo harían entonces los criminalistas para identificar a un asesino sin “repetir otra vez en vivo” un asesinato?, ¿cómo haría entonces un experto de arte para dictaminar la autenticidad de un cuadro de Picasso si estando muerto éste no puede volver a pintarlo?, ¿o cómo haría entonces un antropólogo para afirmar que un pedazo de cráneo de hace cinco mil años pertenecía a una mujer

joven si no puede revivirla para comprobarlo?, ¿por qué afirmamos que nuestro planeta Tierra comenzó hace cuatro mil quinientos millones de años si en un laboratorio no podemos repetir la experiencia de su creación? En fin, ¿por qué afirmamos que de un “átomo original que explotó” se formó hace quince mil millones de años nuestro universo, toda vez que no podemos experimentalmente reproducir esa experiencia? Son demasiados cómo y porqués, ¿no te parece, lector? Probar las cosas científicamente es mucho más complicado de lo que parece. Y aun si fuera así, que no es, todavía nos tocaría aceptar las verdades científicas de nuestro tiempo sólo como “verdades históricas”, ya que las corroboramos con las observaciones y los medios que para ello dispusimos en nuestro tiempo, valga el ejemplo. Lo que nos dijo Newton sobre la mecánica nos explica qué acontece cuando chocan dos bolas de billar, pero si los cuerpos se desplazan a enormes velocidades, cercanas a las de la luz, todo ya es diferente, nos dijo Einstein. Lo comprobaron los japoneses en Nagasaki e Hiroshima. Un corolario es obvio: la ciencia *no* es “históricamente neutra”... y si, entonces, la historia tampoco es “socialmente neutra”, no puede serlo la ciencia, nunca lo fue; creo que los biólogos son los que más datos pueden proporcionar al respecto.

Pero al discutir lo anterior dije que se trataba de la “mitad del método científico”. ¿Cuál se supone sería la otra mitad? La observación, el “Manual del genio científico en tres lecciones” que citaba antes, diría al respecto —ime recuerda las majaderías que me clavaron en el bachillerato!— que “la observación y experimentación con la naturaleza nos revela sus características”, de las que partimos para crear las teorías científicas. Suena bien otra vez como aproximación cero, pero, lector, te contaré una anécdota: Dicen que en una ocasión tres ciegos se acercaron a un elefante, cada uno a una parte, y quisieron determinar de qué se trataba. Uno de ellos tocó una pata y dijo: “es un árbol”. Otro tocó la cola y dijo: “es una serpiente”, el último agarró un colmillo y dijo: “es una lanza”. Quiere decir que según cómo nos acerquemos a la naturaleza y con ella experimentemos, así pueden ser las características “relevantes” que de ella determinemos y que pudieran ser engañosas. Fuera de esta anécdota imaginada existe, valga el ejemplo, la de Fleming descubriendo con su microscopio la penicilina. Resulta que antes que él muchos científicos vieron el mismo

fenómeno pero fueron incapaces de obtener la misma conclusión que Fleming, porque ello depende de la actitud humana con la que nos acercamos a la naturaleza, que nos hace considerar “esto es relevante” o bien “esto es irrelevante”.

Conviene otra anécdota histórica al canto: se cree comúnmente que Galileo descubrió la ley de gravedad tirando bolas de papel desde lo alto de la torre inclinada de Pisa, pero no fue así; es un mito y nunca hubiera podido hacer así la experiencia, pues esa torre está en la Plaza de los Milagros, en donde sopla su buen viento, lo que a las bolas de papel las hubiera hecho describir trayectorias caprichosas. Galileo hizo la experiencia controlando y comprobando la caída de cuerpos en planos inclinados “en su casita y sin viento”. La actitud de Galileo ante la naturaleza fue lo que contó. No en vano Karl Popper dijo en una ocasión que cuando confrontamos una teoría con la realidad lo que realmente hacemos es confrontarla con una concepción teórica que de ella nos hacemos. Esto quiere decir que *no* existe “un solo método universal de acercamiento científico a la naturaleza”, y que mucho depende de nuestra actitud mental, en último análisis, de nuestra concepción del mundo, nuestra posición filosófica.

En la ciencia hay ásperos debates al respecto y por ello es negación y antípoda de todo dogmatismo o creencias en “verdades reveladas”. ¿Quiere decirse que en el ámbito de la ciencia lo que con una óptica y metodología se prueba contradice lo que con otra óptica y metodología también se prueba? De ninguna manera, simplemente se complementan y a veces se conjuntan dialécticamente para dar un resultado nuevo. Por ejemplo, la termodinámica puede estudiarse desde el punto de vista macroscópico de *medios continuos* (un gas, etcétera) o bien desde el punto de vista estadístico microscópico conjuntándose sus resultados en un mismo concepto, *verbigracia*, la *entropía*, que desde el primer punto de vista es una “medida de la energía útil desperdiciada” y, desde el segundo, es una “medida del desorden”, e incluso, desde el punto de vista de la llamada teoría de la información, puede ser una “medida de la ignorancia”. En cierta ocasión yo traté de explicar lo anterior en broma a mis alumnos de termodinámica con la siguiente analogía: “Si en esta clase hay desorden, perdemos las energías y todos terminarán siendo ignorantes”. Y es que

el pensamiento analógico también es útil, aun cuando no faltó el estudiante que comentó que yo era un sádico con los alumnos.

Pero volvamos al tan llevado y traído “método científico” que, como si fuera una lección de catecismo, se suele interpretar y publicitar afirmando que consiste en “ir a la realidad y observar sus características (la verdad está ahí directamente, añadiría un positivista), sobre ellas se construye una teoría que por deducción (silogismos lógicos con fórmulas) llevan a ciertas predicciones; finalmente, si esas predicciones coinciden con el comportamiento de la realidad, al volver a ella entonces hemos alcanzado la verdad científica”. Las cosas no son tan simples, lector, lo que acontece es que de acuerdo al precepto anterior es como usualmente presentan sus resultados escritos los científicos para que se acepte su publicación en “revistas de reconocido prestigio”, pero *no* es así como la ciencia y su investigación llega a conclusiones; no confundamos hacer con publicar, la velocidad con el tocino. Los procesos cognoscitivos de la mente humana constituyen un sistema complejo del que aún estamos lejos de conocer todos sus elementos por más que se ha avanzado bastante en el conocimiento del sistema nervioso central. Además, solemos emplear, incluso inconscientemente, varios de esos procesos cognoscitivos al acercarnos a la naturaleza, a la realidad; eso es lo que acontece en la ciencia y a sus investigadores, otra razón más del por qué es antidogmática y no acepta estereotipos ni “revelaciones” *a priori*.

Quisiera citar como ejemplo tres procesos cognoscitivos que suelen emplearse en la investigación científica: el “analógico”, el “indiciario” y el “heurístico”.

Aquellos que poseen una amplia cultura pueden imaginar que el comportamiento del fenómeno que desean explicar se parece a otros, por ejemplo, “este fenómeno físico me recuerda aquel otro de la biología que ya está explicado”. Proceden entonces “por analogía”, tratando de averiguar hasta qué punto lo conocido en fenómenos ya dilucidados en disciplinas distintas es aplicable al problema concreto que se analiza. Así razonaba el matemático galo Poincaré, así también el físico italiano Fermi e incluso el soviético Landau. Así razonó Darwin o jamás hubiera llegado a sus conclusiones sobre el origen de las especies. Pero esta manera de razonar amerita de dos cosas: desprenderse absolutamente de dogmas y de prejuicios para “no tener miedo científico”, y nece-

sita de una gran cultura multidisciplinaria... analogías no hace el que sólo sabe una cosa y nada más.

Hay el “método indiciario” al interior de los medios científicos; a veces le llaman “el método de Sherlock Holmes”. Básicamente consiste en la siguiente idea: “El comportamiento global y complejo de la naturaleza quizá delata sus principios básicos en los detalles e indicios que solemos considerar nimios, secundarios e irrelevantes”. Así procede, digamos, un experto de arte en falsificaciones, la criminología, la paleontología, la arqueología, la antropología física, e incluso la cosmología, pues impedida para reproducir en un laboratorio el origen del universo, aun así afirma que fue hace quince mil millones de años con base en el “indicio” actual de la llamada “radiación de fondo del universo”. Pero, otra vez como en el caso anterior, razonar así sólo está al alcance de los que poseen multifacéticamente una gran cultura, porque, ¿qué indicios podrían ser reveladores para el que no sabe nada?

¿Y lo “heurístico” qué? Casi se reduce a decir: “haré una hipótesis sobre este fenómeno y veremos si mis predicciones coinciden con su comportamiento”. Esta manera de proceder sólo es potente cuando, por ejemplo, se apoya firmemente en los dos procedimientos anteriores mencionados. Con ello volvemos a lo mismo; “fuera dogmas y estereotipos y una preparación cultural sólida, multifacética”... o, en caso contrario, “sólo estamos enredando”. Quisiera añadir que en esta filosofía científica tan en serio se toma actualmente que en la llamada *inteligencia artificial* ya se diseñan procedimientos (*algoritmos* en el argot de sus especialistas) para construir máquinas que operen así.

Creo que vale la pena mencionar que “existe la suerte en la ciencia”, como cuando alguien descubre algo insólito que no esperaba. Es muy conocido un ejemplo histórico, de alguien que en el Renacimiento “tenía suerte” en casi todo culturalmente, Leonardo da Vinci, pero se estima que era el hombre más culto de su tiempo. Sin comentarios.

En fin, lector, *así es y anda la ciencia...* frente a ella, hoy, misticismos, metafísicas, extrasensorialidades y trascendencias de aroma religioso. Estamos, pues, en lucha, como en el Renacimiento, en la actual crisis de civilización.

VI. COMO PRODUCTO SOCIAL, LA CIENCIA ES JANÓ

Las transcendencias míticas de la antigua Roma cuentan que Jano fue el primer rey del Lacio. Expulsado Saturno del cielo, Jano le dio acogida y éste, agradecido, le proporcionó el don de la clarividencia... que tenía dos caras, pues la verdad es contradictoria. La leyenda lo considera un defensor de la paz y de la tolerancia, que tienen dos caras, pues mucho depende de cómo se interpreten. ¿No te recuerda, lector, este mito algún acontecimiento actual?

A la ciencia le pasa lo de al mito, tiene dos caras y su mensaje de paz y de tolerancia puede ser contradictorio como contradictoria es la marcha social de los humanos que la crearon. Mencionamos ese aspecto en apartados anteriores pero, ¿por qué no intentar profundizar esas facetas de manera que no parezca un insulso catecismo?, por ejemplo, tratando de darle la palabra a la literatura, a una escenificación teatral. Los enciclopedistas franceses procedieron así en sus diálogos entre D'Alambert y Diderot; si estamos intentando ser los "enciclopedistas contra los mitos y telarañas metafísicas casi del siglo XXI" ... ¿por qué no proceder igual? Tratemos de hacerlo.

La escena es similar a la de la Escuela de Atenas del fresco que pintara Rafael. Pero aquí en el centro ya no están Aristóteles y Platón sino dos avatares científicos de Jano, uno es el "Jano ahistórico", el otro el "Jano sociológico", algo así como cuando algo se refleja en un espejo... pero lo que estaba a la derecha entonces está a la izquierda. Están en acalorada discusión:

Jano ahistórico: La ciencia es universal.

Jano sociológico: Sí, y por ello histórica, pues el universo tiene una historia, empezó hace quince mil millones de años y sigue cambiando.

Jano ahistórico: Lo que digo es que aunque la ciencia se produce en el marco de la historia, trata de explicar al universo al margen de las peculiaridades de la misma; la ciencia es un observador objetivo.

Jano sociológico: Objetiva sólo es una piedra, decía Unamuno, y aun las piedras cambian, con el tiempo se erosionan y se vuelven arena. Lo que está en el marco de la historia está condicionado por ese marco y con él interacciona, y como para la especie

humana la historia es social, la ciencia también es un producto social.

Jano ahistórico: Te lo concedo, pero esto no cambia mi afirmación: Las condiciones históricas y por tanto sociales anteceden o no el avance científico, por ejemplo, el Renacimiento permitió la aparición de un Galileo... pero, dicho esto, la ley de gravedad es objetivamente válida, en ese sentido ahistórica y asocial, haya existido el Renacimiento o no.

Jano sociológico: Sí, porque la ley de gravedad no puede abolirse por "voto parlamentario" ... pero si no hubiera existido el Renacimiento, que empezaba a barrer las telarañas oscurantistas y clericales del medievo, nunca Galileo hubiera tenido la lucidez científica que tuvo. Y es que lo *social* también condiciona las ideas del ser humano y sus concepciones del mundo. Y aquí ya no estamos hablando de "condiciones externas" a la ciencia sino de su interior...

Jano ahistórico: No cambia tu comentario mi afirmación. Los condicionantes históricos y sociales actúan como un filtro que permite o no que emerjan las ideas y las actitudes científicas, pero cuando salen a la luz son válidas por sí mismas.

Jano sociológico: Me suena lo que dices a "verdad revelada", a la fe de los que imaginan que la ciencia es un cofre de verdades absolutas *a priori* de la historia, que sólo necesita "condiciones adecuadas" para presentarse... eso es misticismo religioso.

Jano ahistórico: Las religiones y los mitos son producto de la ignorancia de los hombres, y como esta ignorancia cambia al cambiar las sociedades, esas religiones y mitos también. La ciencia podrá tardar en emerger dependiendo de las condiciones sociales pero una vez que lo hace no depende de ellas. Tú, en cambio, afirmas que lo social condiciona totalmente a la ciencia... eres tú, pues, el que la equiparas con las religiones y los mitos.

Jano sociológico: Vamos a aclararnos las ideas: El problema es el papel preciso que juegan las condiciones sociales, lo que tú llamas "filtro", en la ciencia. Estamos de acuerdo en que ese filtro permite o no que emerja el conocimiento científico, prefiero estas palabras a la de ciencia, pues esta última me suena como a "Dios Padre". Pero tú afirmas aun que una vez presente el conocimiento científico no depende ya del filtro, de lo social... y, aquí, en parte yo podría estar de acuerdo contigo y en parte no.

Jano ahistórico: ¿En qué estás en desacuerdo?

Jano sociológico: En que el conocimiento científico se integra en concepciones científicas que se sustentan en concepciones del mundo, filosóficas. Hilbert, como matemático, creía en la “verdad absoluta” y por ello era idealista. Poincaré, en cambio, tendríamos que colocarlo como intuicionista en algo así como el materialismo positivista, a la escuela Bourbaki hay que colocarla en el estructuralismo. En física, hoy, para no hacer el cuento largo, en la polémica cosmológica entre Hawking y Penrose, el primero se coloca en el positivismo —no existe para él más realidad que la que “se puede medir”— y el segundo casi cae en el surrealismo de André Breton, pues piensa que “hay más cosas en la realidad de las que percibimos”... un poco a la Hamlet. Y cada una de esas concepciones, filosóficas, condiciona la metodología empleada en la investigación científica, esa que lleva a “fórmulas y ecuaciones”... lo que los científicos de mente estrecha consideran únicamente ciencia. El punto crucial en todo esto es que cada una de esas concepciones filosóficas nace y está condicionada por circunstancias sociales muy precisas, incluso cuando simultáneamente nacen varias de ellas, pues las condiciones sociales son contradictorias.

Jano ahistórico: ¿Y en qué estás de acuerdo?

Jano sociológico: En que cualquiera que sea la concepción científica de que se trate cuando llega a resultados, éstos son *autónomos*, por ejemplo, la ley de gravedad es tan válida hoy como lo era en la época de los faraones egipcios...

Jano ahistórico: Puedo estar de acuerdo en lo que dices, pues veo que el desacuerdo quizá es sólo superficial, semántico, toda vez que reconoces que, sea como sea socialmente, finalmente la ciencia contiene conocimientos autónomos, independientes de lo social.

Jano sociológico: Dije *autónomos*, no *independientes*.

Jano ahistórico: ¿Qué quieres decir?

Jano sociológico: Que el conocimiento científico, por ejemplo el actual, contiene “presencias”... pero también “ausencias”.

Jano ahistórico: Explícate.

Jano sociológico: En la *ciencia normal*, como la etiquetó Kuhn, la ciencia institucional de nuestro tiempo, hay una enorme resistencia, “ausencia”, a permitir la investigación multi e interdisciplinaria, entendida ésta como fusión no sólo de conocimientos de

diversas disciplinas sino también de sus diferentes concepciones filosóficas “del mundo”, ide no existir tanta resistencia a ello daría el conocimiento científico un inmenso salto cualitativo! Pero, ¿por qué esa resistencia?... porque a imagen y semejanza de la civilización que vivimos, dividida en niveles jerárquicos y en cada uno de ellos la actividad humana atomizada y aislada en compartimentos estancos, “el villano en su rincón”, pues es lo productivo y lo que da dividendos, el conocimiento científico se atomiza y se encierra en regiones aisladas —el mundo de los especialistas que saben todo de casi nada y absolutamente nada de todo!— en un impedir nazcan nuevos conocimientos... y además, por esa vía, olvidan lo más fundamental. Por eso digo que hay una “ausencia” cuya responsabilidad es explícita y totalmente social.

Jano ahistórico: No tienes razón por tres motivos: Uno, la investigación científica multi e interdisciplinaria como tú la concibes sí se lleva a cabo al más alto nivel, por ejemplo, en Estados Unidos, pues de ello depende su supervivencia tecnológica y, así, social. Dos, el desarrollo de no importa qué sociedad —lo que entonces trasciende lo social local— necesita resolver problemas locales especializados sin “ópticas totalitarias” atractivas pero concretamente ineficaces. Tres, no estamos en el Renacimiento, el volumen de los conocimientos actuales hace imposible pedirle a los científicos —iya no digamos enseñarlo a los estudiantes!— que posean los conocimientos multi e interdisciplinarios que pides. Pero quiero también hacerte una pregunta, ¿qué entiendes con eso de que “se olvidan de lo más fundamental”?

Jano sociológico: Tres respuestas a tus tres motivos:

Primera. “La investigación científica multi e interdisciplinaria se lleva a cabo al más alto nivel en Estados Unidos” dices... ¡ese es el punto!, ¡el que los amos de la civilización actual se reservan el derecho de pensar multifacéticamente en defensa de sus intereses creados! Y el problema está en que ni aun en sus sedes imperiales permiten que ese pensamiento multifacético fluya socializado en otros niveles, como escuelas, universidades y así... y como la ciencia se construye desde la base no puede haber nueva ciencia.

Segunda. Si el mundo está en cambio siempre, sus problemas locales también y, entonces, el “especialista” parece si no tiene una visión amplia, horizontal, de las cosas, —ies un principio funda-

mental de la supervivencia biológica!— ante “nichos ecológicos cambiantes el especialista muere”.

Tercera. El mérito del Renacimiento fue el entender que “el todo no es igual a la suma de las partes”, que se presentan en el todo propiedades cualitativas que no aparecían en cada parte... el problema no es “acumular conocimientos crecientes” para de ahí, a la manera sofista, argüir que “nunca habría tiempo ni espacio suficiente para formar científicos con tal visión universal” —iel discurso de los amos!— lo que hay que hacer es reorganizar, desde los cimientos, todo el saber cultural para que ahí “no esté ya lo que sobra y, en su lugar, esté lo que falta”.

En cuanto a tu pregunta diré esto: La “ausencia” de una visión multi e interdisciplinaria de la que llamamos “cultura” manda al exilio a casi más de su mitad —icreo que la que más importa!— al humanismo, a las letras, a todo lo que hoy se desvaloriza al decir “ciencias sociales”... y, eso, hoy le quita al conocimiento científico la capacidad de plantearnos cómo lograr la felicidad en un futuro mundo mejor para todos los humanos —iel primer valor que proclamó el humanismo en el Renacimiento!.. Porque no lo hacemos es que avanzan, hoy, esas telarañas de “misticismos, religiones y transcendentalismos”.

Jano ahistórico: Pudiera estar de acuerdo contigo si me presentaras una alternativa de la nueva ciencia que tú sueñas. ¿La tienes?

Jano sociológico: No aún... ¿por qué no me ayudas?

Sí, lector, falta la “alternativa científica aún”... de eso hablaremos para concluir el capítulo.

VII. ¿SIN CIENCIA DEL FUTURO NO HABRÁ FUTURO?

¿Qué ayuda pide el *Jano sociológico*? La de todos los que, a pesar de la enajenante y opresiva civilización que vivimos, aún son capaces de pensar y soñar con un mejor destino para la especie humana. No es gratuita esta afirmación, pues sólo una nueva ciencia que nos abra el camino a un futuro mejor podrá tener éxito contra las telarañas y fantasmas “místicas y transcendentalistas” que hoy atan crecientemente a parte de la especie humana a la crisis de la torcida civilización que sufrimos. Esa nueva ciencia no basta que sea *racional* y explique la naturaleza como se pretende

hoy, sino que ha de ser, además, capaz de predecir los futuros posibles y de indicar y construir el camino a aquel que sea a la medida del bienestar y felicidad de todos los humanos sin excepción. Ha de tener la ciencia del mañana que necesitamos una dimensión fundamental, el humanismo, pero en un doble sentido: Considerar que el ser humano es el valor más importante que existe y, además, un respeto irrestricto y defensa de la naturaleza, pues de ello depende nuestra propia existencia. Esto hoy no sucede. Quisiera llamar la atención sobre el hecho de que, ante las agresivas sociedades urbanas que existen —verbigracia, la Ciudad de México— y la continua agresión a la naturaleza, grandes sectores frustrados de las nuevas generaciones han optado por los misticismos y transcendentalismos.

A lo largo de los dos últimos apartados se han apuntado algunas características que tendría que poseer ese nuevo conocimiento científico que precisamos:

I. Ser antidogmático en el sentido de considerar que todos los procesos de pensamiento que sean característicos de las más diversas regiones de la cultura —desde las ciencias exactas y naturales hasta las ciencias sociales y el humanismo— son válidos e incluso pueden emplearse al unísono interaccionando mutuamente ante cualquier desafío científico. No hay por qué limitarse de antemano en las capacidades cognoscitivas del cerebro humano.

II. En el mismo orden de ideas anterior, ser antidogmático en el sentido de considerar que un conocimiento horizontal de toda la cultura, y no sólo de la propia especialidad, es imprescindible en la investigación científica. Hay que dejar de ser “cerebros *unidimensionales*”.

Antes de seguir adelante, los dos puntos anteriores merecen comentarios: Los centros académicos y universidades de hoy desgraciadamente forman intelectualmente en el sentido contrario, son fabricantes de especialistas que desconocen lo que sabe su vecino, pues es de esta manera atomizada que está estructurada la civilización capitalista... el capital necesita gente “útil, eficiente”, y no gente que piense, que “para eso ya están los de arriba”. Hay que recalcar lo dicho: Sólo una síntesis del más amplio ámbito cultural puede crear conocimientos cualitativamente nuevos, “el todo es más que la suma de las partes”. Ahora bien, no son posibles ya los hombres universales a la manera del Renacimiento, dado

el volumen de conocimientos actuales, ¿qué hacer entonces? Michael Arbib, al discutir cómo estructurar grupos de investigación multidisciplinaria en inteligencia artificial, dio una respuesta plausible: cada científico debe saber todo de su campo y además conocer los fundamentos del resto de la cultura para así poder comunicarse con sus vecinos. Obviamente no forman así hoy a sus egresados las universidades... la civilización capitalista nos quiere tontos.

Sigamos ahora con otros puntos:

III. Ser antidogmático en el sentido de no tener miedo ante no importa qué desafío científico, ante no importa qué idea, conjetura o hipótesis, por “extravagante” que parezca; a ese precio está, como en el caso de los artistas, la creatividad de un científico.

Un comentario aquí es pertinente: justamente lo anterior es lo que tampoco propician hoy las universidades. Cuando yo era estudiante y el profesor me indicaba el libro de texto, sólo trataba de resolver los “problemas tipo” que estaban al final de cada capítulo, nada más, estaba mal visto hacer otra cosa... e incluso vi reprobar a estudiantes por el “pecado” de resolver un problema correctamente, pero siguiendo líneas de razonamiento que no había enseñado el profesor en clase. Aún, en mucho, son las cosas así. Pero sigamos adelante:

IV. Volvemos a una formulación del principio: Ser antidogmático en el sentido de que, no importa qué orientación se escoja en la investigación científica, *todas* ellas han de incluir en su formación un explícito mandato humanístico: Respeto irrestricto a la naturaleza y no olvidar que, siendo el valor más importante el ser humano, de lo que se trata no es sólo de conocer la realidad sino de transformarla para que el futuro esté hecho a la medida del bienestar y felicidad de todos, y no como acontece al servicio de los intereses de unos cuantos. Esto incluso obliga ya científicamente a discutir la naturaleza de la *utopía* de un mundo mejor y las necesidades que habría que cumplir para realizarla.

Si somos capaces de hacer lo dicho “demostraremos científicamente” que la civilización capitalista está de más en la historia y se irán esfumando las telarañas “trascendentalistas” contemporáneas, pues, ¿cómo decir?, se mostrará que un futuro mejor “sí es de este mundo”. Y si no...